

UN PROBLEMA NACIONAL

Nuestros Indios De La Frontera Con
Guayana Inglesa.

El río Amacuro es negro. Hay ríos de aguas claras, ríos amarillos de aguas de lodo y ríos que parecen un chorro de petróleo. Uno de estos es el Amacuro. Esas aguas oscuras son efecto de todo un paisaje; por que son mangles interminables a ambas riberas quienes tiñen al Amacuro de negro y a la pupila del viajero de un verde-azul monótono. El paisaje en todo lo largo de la frontera septentrional con Guayana es una bandera de tres franjas: verde, negra y otras vez verde: manglares, río y de nuevo manglares.

Nuestra embarcación avanza remontando la corriente. En un punto cualquiera se detiene y es amarrada a un palo de la orilla. Ahora es la fácil curiara quien se despega del barco fluvial y se interna en la espesura culebreando con el cao estrecho que se enrosca y penetra en la maraña como una broca en el corazón de la madera. Y allí, en plena cerrazón de pantanos y palmeras, sorprendemos al aborigen venezolano. Tres reducidos grupos indígenas acurrucados en el escaso albergue que presentan cuatro soportes recubiertos con palma de temiche.

Estatura diminuta, ojos vivos y oscuros, bigote poblado en algunos, pómulos pronunciados. En general tipo diverso del robusto caribe y del decaído warao.

Los invitamos a pasar la noche en nuestro campamento. Observamos que el indio de la frontera coloca sus chinchorros a una altura de cuatro metros del suelo. Tiene no sé qué instinto de la altura. Tal vez lo horizontal del paisaje le obligue a encumbrarse para dominar el ambiente. Sin duda refiriéndose a él es verdadera la afirmación que recogió el

Barón de Humboldt acerca de las costumbres arborícolas de los moradores del Este del País.

Sólo así podríamos explicar su método peculiar en la lucha por la vida. Los vimos al amanecer encaramarse al penacho de la elevada manaca, palmacea del Orinoco a una altura de 15 a 17 mts. Allí, agazapados bajo las palmas hábilmente entrecruzadas, esperan el paso de la banda de loros. Con el alba los loros dejan las ramas en que reposaron y enrumban su vuelo hacia el este. Ya viene un grupo, los manchones verdes se dibujan sobre la manaca donde setá el indio, oculto como se oculta el tigre cuando presiente a su víctima. Se oye el chillido del loro-reclamo apretado por las manos astutas del primitivo. Los loros dan una lenta vuelta de medio círculo y se detienen en las palmas de la manaca. No saben que allí les espera el lazo y uno a uno se les ve deplomarse hasta el suelo. De lo alto de la palma llueven loros como hojas de un árbol.

En seguida los comen crudos como cualquier fruta silvestre. Refrescan el ardor de la sangre con el agua turbia del Amacuro. Y no más: la carne fresca y palpitante del ave y el agua negra. Para ellos apenas existe el pescado, el moriche y menos el cultivo del arroz. Los indios de la frontera están en una de las primeras etapas de su evolución. La rapiña de animales se ha establecido y dijéramos sintetizado, pero a su vez marca una pausa profunda, una petrificación degradada en su cultura.

Inútil sería inquirir en sus instrumentos de cacería y preparación del alimento. Como grupos sociales están en conti-

(Viene de la pág. 265)

saben que la ley es dura y que puede costarles de un golpe la pérdida de la honrabilidad y lo que es más grave aún, la pérdida del título que ostentan. En esos países los grados no son patentes de corso, sino certificados que avalan la capacidad, pero únicamente hasta cierto punto."

EL HIERRO VENEZOLANO es tema que cada día irá ofreciendo mayor margen para comentarios diversos. Pero debe tenerse cuidado, así mismo, de hacer las reflexiones sensatas que materia tan importante exige, a fin de orientar rectamente a la ciudadanía.

Creemos oportunas y atinadas a este respecto, las observaciones de diversa índole que ha escrito recientemente B. Llovera Ll. en su conocida columna de "Temas del día", en la página económica del diario capitalino "La Esfera", y que dicen así:

"Poco antes de la guerra 1914-1918 tuvo lugar la primera tentativa de explotación del hierro en nuestro suelo. El pequeño yacimiento situado en el extremo oriental de Imatoca dió origen a los trabajos iniciales. En 1928 se descubrieron los de El Pao, con 65 a 68% de hierro. Las exploraciones de M. A. Hanna & Co. y de la Bethlehem Steel, pusieron de manifiesto la existencia de unos setenta millones de toneladas. En 1937 se localizaron los depósitos de La Represalia, junto al Orinoco, con cinco millones de toneladas.

La segunda guerra mundial representó un factor de retraso en los trabajos de la Iron Mines. Si no actuamos con prudencia, si establecemos inconvenientes adicionales a los que proporciona la naturaleza inhóspita y salvaje de esas zonas, si en definitiva retrasamos más las obras que se vienen haciendo, es posible que venga la tercera guerra y que nos encontremos ante peores obstáculos.

"Después de la segunda catástrofe mundial vino la Oliver Iron Mining. Sus ensayos han puesto en evidencia unos 125 millones de toneladas de mineral con 35 a 45% de metal, en Piacoa. Se hallaron luego unos cuarenta millones más en La Grulla, y posteriormente el descubrimiento del Cerro Bolívar aumentó las disponibilidades en cuatrocientos millones de toneladas, con 63% de contenido metálico.

Cerro Bolívar se estima como el depósito individual más rico y grande del mundo. Las colinas de las imediaciones, llamadas Altamira, Rondón, Arimagua y San Isidro, contienen otras de muy vasta importancia. Las reservas se cree exceden de los quinientos millones de toneladas.

"El Ejecutivo Federal ha dictado numerosos decretos, que declaran zonas reservadas a vastas extensiones con muchas posibilidades de contener hierro en gran escala. Estas zonas no comprenden, naturalmente, los denuncios ya hechos por las empresas mineras o por otros particulares. Es de estimarse que la mayoría de los hipotéticos yacimientos ferríferos de Guayana esté por reconocer, explorar y calcular, perdidos como están bajo una lujuriosa vegetación, a través de terrenos escarpados. Debería hacerse un inventario minucioso de esa riqueza. Pero nada de lo que se haga debe interrumpir la labor de explotación.

"Como otras veces lo hemos visto, no debemos ver la utilidad del hierro ni en los cánones de explotación o explotación, que pueden ser muy modestos, ni en el producido del Impuesto sobre la Renta que habrán de pagar las empresas respectivas. La aplicación de nuestro metal por sí misma, creará trabajo para innumerables venezolanos, en una rama para la cual no tenemos en Venezuela ni técnica suficiente, capitales ni experiencia, ni organización de ventas internacionales.

"Por su sola presencia, la explotación del hierro dará un mayor incremento al comercio. Ella representa la única posibilidad concreta de llevar la civilización, el progreso material y el bienestar económico a Guayana, región que nosotros hemos permitido que se arruine. A lo largo de nuestra vida independiente no hemos logrado continuar el desarrollo pecuario que la colonia comenzó en la margen derecha del Orinoco; explotar el caucho silvestre; aprovechar racionalmente la sarrapia; utilizar las maderas guayanésas; ni siquiera dar una aplicación reproductiva al oro. Esto último ocurrió por causas explicadas hace tiempo, que se pusieron otra vez de actualidad en el caso de la Guayana Mines. Lo que debemos hacer ahora es procurar que el desarrollo del hierro encuentre obstáculos tan pequeños como fuere posible."

